

# la milana

(cuento)

por MIGUEL DELIBES

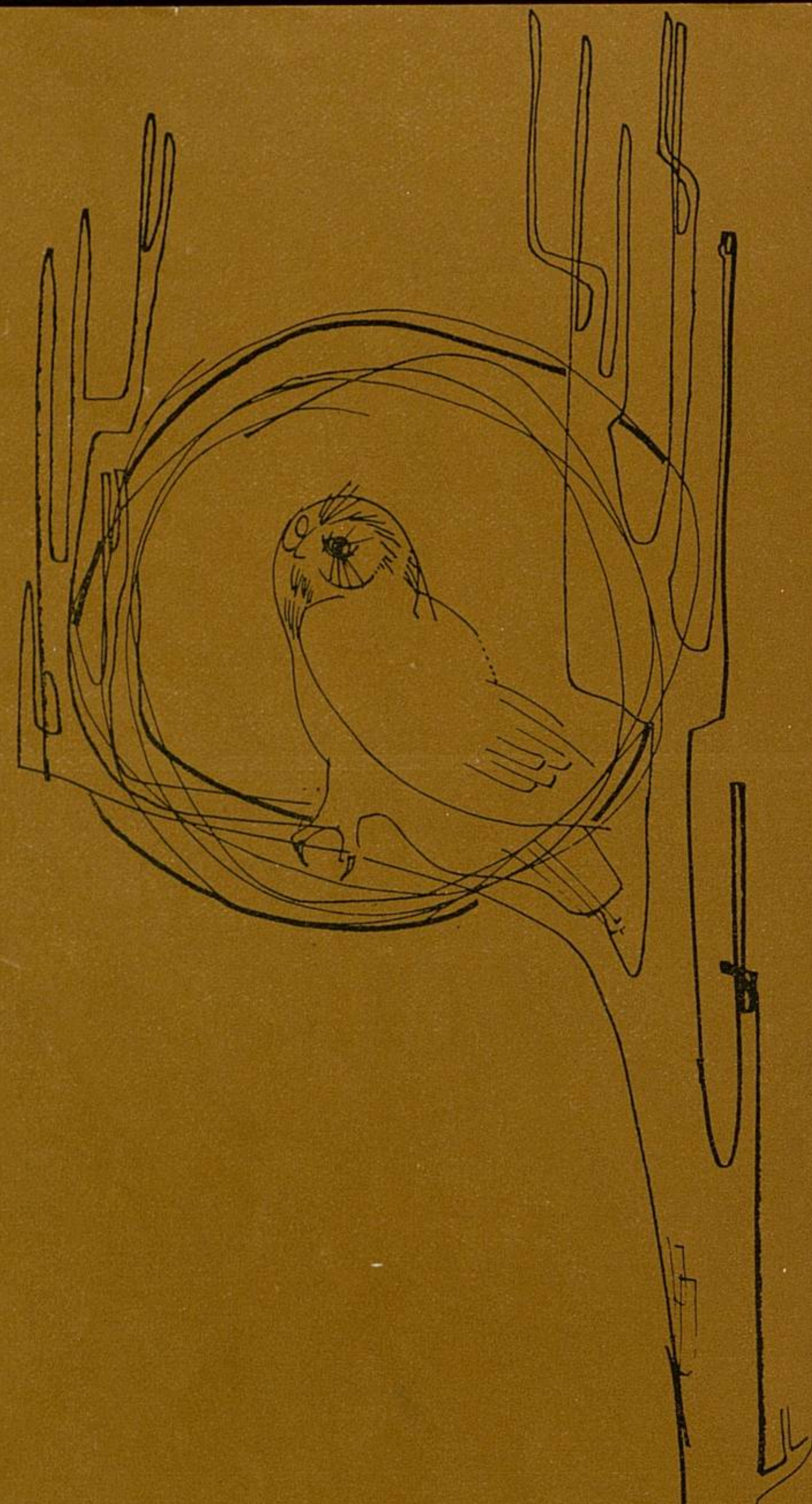
Ella, su hermana, no le soportaba y entonces Azarías regresaba al cortijo con los señoritos. Y su hermana no le soportaba porque ella aspiraba a que los muchachos aprendieran a leer y escribir y, esto, a Azarías se le antojaba un error:

—Luego no te sirven ni para finos ni para bastos —decía.

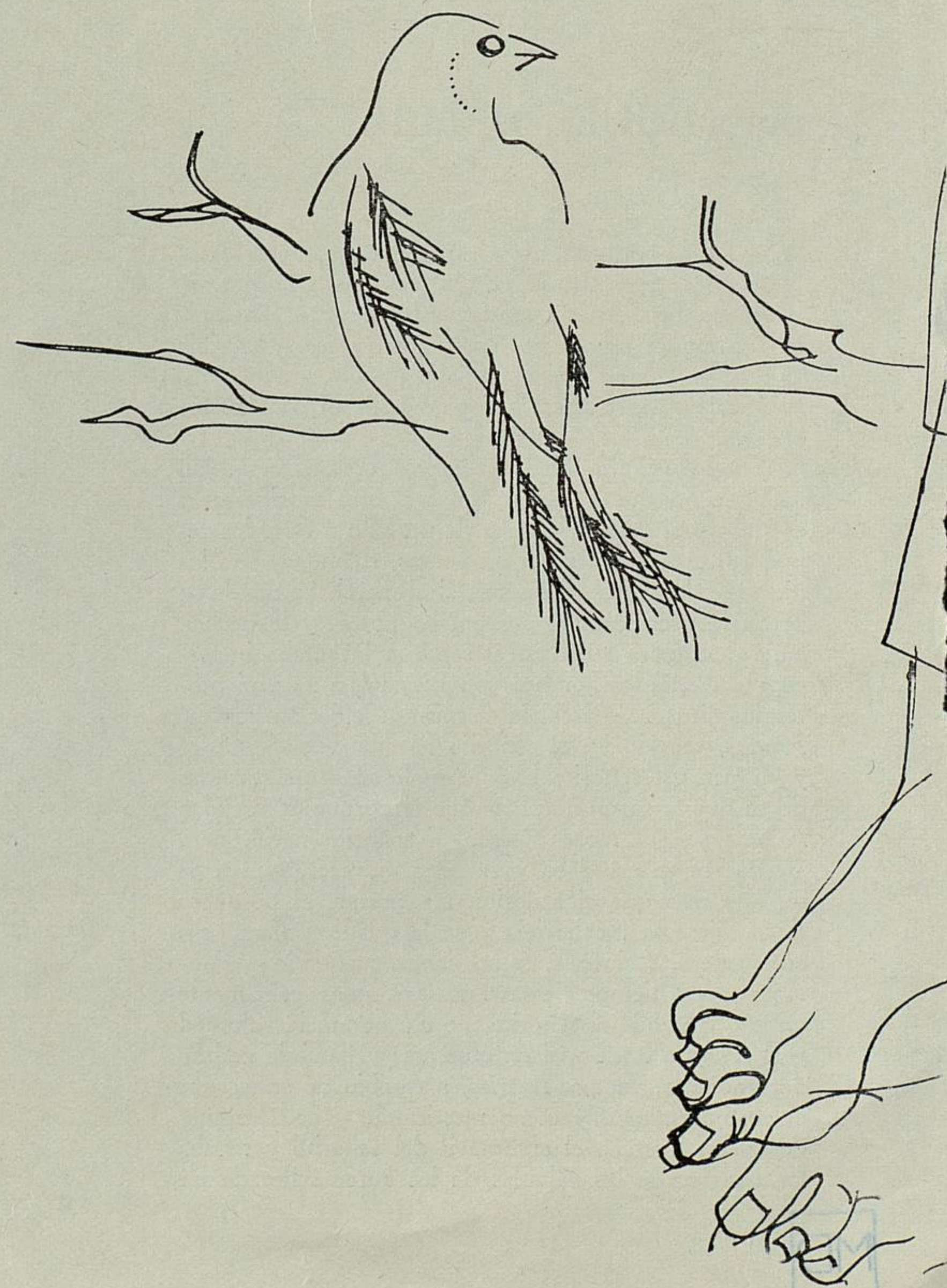
En el cortijo, donde los señoritos, era otra cosa. Allí nadie se preocupaba de si éste o el otro sabían leer y escribir, o si Azarías andaba de un lado a otro, los remendados pantalones por las corvas, rutando y con los pies descalzos. Por otra parte, si él marchaba donde su hermana y el señorito preguntaba por él y le decían, anda donde su hermana, el señorito levantaba imperceptiblemente los hombros y no indagaba más, ni protestaba ni nada, y si volvía, lo mismo: le decían, regresó Azarías, señorito, y el señorito levantaba los hombros y en paz. Al señorito sólo le molestaba que Azarías dijera que tenía un año más que él porque en realidad Azarías ya era mozo cuando el señorito nació, pero Azarías ni se acordaba y si decía, a veces, que tenía un año más que el señorito, era porque el porquero se lo dijo una Nochevieja y se le quedó grabado así, en la sesera. Y si decía, en ocasiones, cuando le preguntaban, ¿qué tiempo tienes, Azarías?, pues, cabalmente un año más que el señorito, no era por mala voluntad y el señorito hacía mal en ofuscarse y llamarle pedazo de ignorante, ya que Azarías, a cambio de andar por el cortijo rutando y como masticando y con los pies descalzos, lustraba el automóvil del señorito y robaba los tapones de las válvulas de los automóviles de los







amigos del señorito para que al señorito no le faltaran el día que las cosas vinieran mal dadas. Por otro lado, Azarías cuidaba de los perros, del perdiguero y del setter y de los tres zorreros y si, de noche, aullaba desde la corralada el mastín del pastor y los perros del cortijo se alborotaban, él, Azarías, los aquietaba con buenas palabras y a dormir. Y con la amanecida, Azarías salía al patio, abría el portón y soltaba a los pavos en el encinar y luego rascaba la gallinaza de los aseladeros y, al concluir, pues a dar de comer a los perros y, luego, a asear el tabuco del buho y a acariciarle entre las orejas. Y por las noches, ya se sabía, Azarías, sentado en el tajuero, junto a la lumbre, en el inmenso zaguán, desplumaba las perdices, o las pitorras, o las tórtolas, o las palomas, cobradas por el señorito durante la jornada. Y a veces, si eran muchas piezas, Azarías, robaba una, ocultándola bajo la americana de pana, para la Milana. Y el buho, cada vez que le visitaba, le enfocaba sus inmensos ojos amarillos como pidiendo piedad y castañeteaba con el pico, como encaprichado por algo, pero si castañeteaba, era por puro afecto, que a los demás, el señorito incluido, les bufaba como un gato y les sacaba las uñas. Pero a él, la Milana le guardaba afecto tal vez porque Azarías la llevaba a pasear y cada noche le servía una picaza desplumada, o un aguilucho, o una docena de gorriones cazados a liga en la charca, o vaya usted a saber. Y Azarías le decía al gran duque, Milana, bonita, y le acariciaba entre las orejas y le sonreía con las encías y, cuando la amarraba al canchal, para que el señorito, o la señorita, o los amigos del señorito, o las amigas de la señorita, permanecían en el tolo, él aguardaba tras el grueso tronco de un alcornoque, temblando como una hoja, los pantalones de pana a media pantorra y la boina calada hasta las orejas. Y aunque estaba un poco duro de oído sentía los estampidos de los disparos y, cada vez, se estremecía y cerraba los ojos y, al volverlos a abrir, miraba para el buho y al observarle erguido y orgulloso haciendo el escudo sobre el canchal se decía para sí, Milana, bonita, y sentía deseos de rascarle entre las orejas y cuando el señorito, o la señorita, o los amigos del señorito, o las amigas de la señorita, se cansaban de matar águilas rateras y abandonaban el tolo estirándose y desentumeciéndose como si salieran de la bocamina, él se aproximaba moviendo las mandíbulas, como si mascase algo, y la Milana, al verle, se implaba de satisfacción como un pavo real y Azarías decía, se portó bien, y la rascaba entre las orejas y, recogía los cadáveres de las águilas rateras y los prendía en la percha y colgaba, luego, ésta, de las vigas del zaguán. A la Milana la



desencadenaba con cuidado, desenrollaba el pedazo de franela roja y lo guardaba para otro día y a la Milana la depositaba en la jaula y se la echaba al hombro y marchaba para el cortijo sin aguardar al señorito, ni a la señorita, ni a los amigos del señorito, ni a las amigas de la señorita, que caminaban lentamente por el sendero, tras él, charlando y riendo de cualquier cosa. Y al anochecer, sentado en los guijos del patio, a la luz del aladino, desplumaba un águila ratera y se llegaba al ventano de la Milana y hacía ¡Uuuuuuh! y el buho, entonces, se llegaba a la reja en un vuelo blando, en un vuelo como de algodón, y decía también, ¡Uuuuuuh! y, luego, prendía al águila con su garra y la devoraba en un santiamén y Azarías la miraba comer con una sonrisa babeante y decía aterciopelando su voz cascada, Milana, bonita. Y si cruzaba por allí, de casualidad, la Lupe, la del porquero y le decía ¿qué tiempo tienes tú, Azarías?, pues él, un año más que el señorito, y la porquera, pero tú eres viejo y el señorito joven, y él, pues un año más que el señorito, y después, sin hacerle caso a la Lupe, se empinaba hacia la reja y decía: Milana, bonita. Y una vez que el gran duque concluía su festín, Azarías, se llegaba a la cochera y uno a uno iba quitando los tapones de las válvulas de los coches de los amigos del señorito y los llevaba a la caja, en la cuadra, y se ponía a contarlos, uno, dos, tres, cuatro, cinco... y, al llegar a once, decía cuarenta y tres, cuarenta y cuatro, cuarenta y cinco, y, al cabo, se encaminaba al corral, ya oscuro y silencioso, y se orinaba las manos para evitar que se le agrietaran.

A veces, Azarías se levantaba como entumecido, y entonces no rascaba los aseladeros, ni daba de comer a los perros, ni le limpiaba el tabuco a la Milana, sino que salía al campo y se tumbaba a la abrighada de los zahurdones, o entre la torvisca, y, si picaba el sol, a la sombra del madroño. Y si el porquero le decía, ¿qué pasa?, él, estoy con la perezosa, y así se pasaba el día, y si el señorito se arrimaba y le decía, ¿qué pasa, Azarías?, pues él, estoy con la perezosa, y el señorito, entonces, alzaba los hombros y le dejaba estar y él continuaba tumbado entre la torvisca, o al amparo del madroño, mascando salivilla y rutando imperceptiblemente, como un cachorro con ganas de mamar, pero no dormía sino que miraba la línea azul-verdosa de la sierra y los chozos de los pastores y el Cerro de las Corzas (del otro lado del cual estaba Portugal) y los canchales agazapados como tortugas gigantes, y el vuelo chillón y estirado de las grullas hacia el pantano, y las encinas y la jara y la montera y las churras merodeando con sus crías. Y si llegaba el pastor y le decía, ¿qué pasa?, él, estoy con la perezosa, y así seguía hasta que sobrevenía el apretón y daba de vientre en la corralada o tras un canchal. Al concluir, le iban volviendo poco a poco las energías y su primera reacción era llegarse

donde el buho y decirle a través de la reja, Milana, bonita, y el buho venga de esponjarse y él le echaba una picaza, o un aguilucho y, luego, marchaba a la cuadra y se ponía a contar los tapones de válvula de la caja y decía uno, dos, tres, cuatro, cinco y, al llegar a once, decía cuarenta y tres, y, al terminar, se quedaba un largo rato parado moviendo las mandíbulas.

De tiempo en tiempo, Azarías resolvía, de repente, me largo donde mi hermana, y salía de la cuadra y se encaraba al señorito y le decía, me largo donde mi hermana, y el señorito alzaba los hombros y bueno, y Azarías marchaba donde su hermana, y ella, ¿otra vez?, y él, ¿y los muchachos?, y ella, en la escuela, y él, Azarías, luego no te han de servir ni para finos ni para bastos, y ella, no te pregunté tu opinión. Y así que caía la noche, Azarías se azorraba mirando para el fuego y masti-cando la nada y, de repente, decía, mañana me voy donde el señorito, y su hermana ni le miraba, y antes de amanecer ya andaba de camino y, al llegar, tan pronto sentía chirriar el cerrojo empezaba, Milana, bonita; Milana, bonita, y a la Lupe, la porquera, ni los buenos días. Y el señorito, a lo mejor, andaba de caza o descansando, pero tan pronto aparecía en el zaguán, la Lupe, dale, Azarías regresó esta mañana, y el señorito, está bien, pero ya sentía a Azarías rascando los aseladeros o baldeando el tabuco del gran duque y arrastrando la herrada de un sitio a otro.

En llegando la primavera, Azarías se transformaba y le venía a los labios como una sonrisa inerte y bobalicona, y en lugar de contar los tapones de las válvulas, después de cenar, agarraba al gran duque, abría el portón y salía al encinar. Y el enorme pájaro posado sobre su hombro atisbaba los alrededores y, de cuando en cuando, levantaba un vuelo blando y silencioso y regresaba con una rata entre las uñas, o con una chova, o con un pinzón, y allí mismo, junto a Azarías, devoraba su presa en tanto él le rascaba entre las orejas y musitaba, Milana, bonita, y de la Sierra bajaba el ladrido seco y triste del zorro en celo, o el mujido cortado de la zorra avisando a los cachorros del peligro, o el bramido de los venados del coto de Santa Angela, encelados también. Pero el gran duque regresaba siempre a su lado y si él le decía, Milana, bonita, la zorra anda en celo, el buho le enfocaba un momento sus redondos, patéticos, ojos amarillos, movía levemente las orejas y tornaba a comer. Antaño, Azarías oía también ulular a los lobos tristemente pero de que llegaron los hombres de la luz e instalaron los postes del tendido eléctrico y luego los del teléfono, Azarías ya no les volvió a sentir. De vez en cuando, el silencio de la noche se quebraba con el grito del cárabo, y el buho en esos casos, erguía la enorme cabeza, y empinaba las orejas y Azarías venga de reir sordamente, sin ruido, con las encías, y decía ¿te asustas? Mañana salgo a correr el cárabo.

